INTELIGENCIAS ARTIFICIALES Y URINARIOS

Algoritmos diseñados para escribir como Cervantes. Programas creados para componer piezas para piano con la facilidad de un músico. Generadores de imágenes capaces de pintar centenares de diseños de una *Última cena* cubista. En el panteón de distopías, las inteligencias artificiales que gestan obras de arte tienen un lugar de honor. Dada la situación, se puede creer que el artista resulta inservible. O incluso peor, que el arte es estéril y absurdo. Ante este fatalismo, encuentro consuelo en un urinario.

En 1917, Marcel Duchamp presentó *La fuente*, obra que consiste en un urinario de porcelana dispuesto del revés firmado por *R. Mutt*. Esta irreverencia fue todo lo que el artista necesitó para derrumbar el conjunto de convicciones que entonces se tenían sobre el arte. Con esta pieza, demostró que la importancia del arte radica en la interpretación subjetiva del espectador, y que la corporeidad estética de *La fuente* pierde toda solemnidad en el instante en que suscita una reacción en el interior de aquel que la admira y juzga. Evidenció que todo puede ser arte si se le da una intención más allá de la apariencia. La idea del urinario en la mente de quien lo percibe es el verdadero arte.

En la defensa del concepto como obra de arte me amparo para proclamar que las inteligencias artificiales tienen la misma validez artística que un perro con un pincel. Los robots nunca podrán crear una idea *per se*. Un algoritmo carece de la sensibilidad y del razonamiento abstracto para provocar una reacción intencionada. El resultado de las creaciones no es nada más que una mimetización de unas técnicas artísticas engendradas por humanos, las cuales produjeron por sí mismas en su momento un impacto real. El mismo Marcel Duchamp manifestó que "*el arte tiene la bonita costumbre de echar a perder todas las teorías artísticas*". Por lo tanto, una inteligencia artificial jamás podrá poner un urinario del revés, llamarlo arte y tener razón.

R. Mutt